

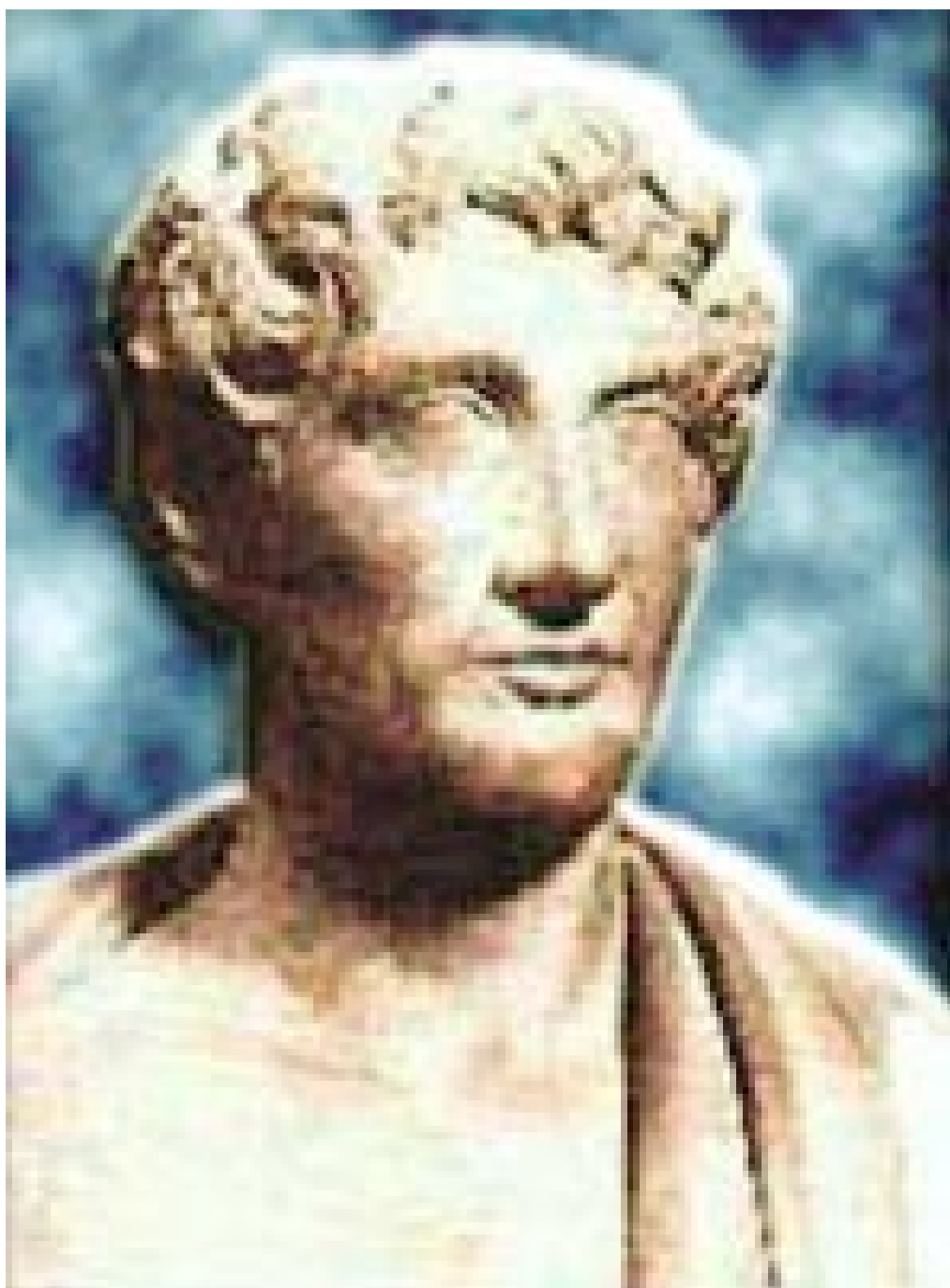
aula abierta

SECCIÓN DEL SUPLEMENTO TRES MIL EN APOYO A LOS PROGRAMAS DE LENGUAJE Y LITERATURA DE EDUCACIÓN MEDIA DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Responsables: Vladimir Baiza y Otoniel Guevara

PRIMER AÑO DE BACHILLERATO

Poesía Latina: Ovidio, Horacio. El arte de amar.



Ovidio, autor de La Metamorfosis

Quinto Horacio Flaco
(65 a. de C.-8 d. de C.)

Nació en Venusa, de la región de Apulia. Su padre era un liberto acomodado, quien para la mejor educación de su hijo, lo llevó a Roma siendo éste de nueve años.

A los 22 años viajó a Atenas, donde continuó sus estudios sistemáticos de moral, literatura y filosofía. Adquirió una cultura amplia y profunda.

Combatió como tribuno militar a las órdenes de Bruto. Fue uno de los prisioneros que cayeron en manos enemigas después de la batalla de Filipos, en que Bruto fue derrocado. Más tarde fue indultado. Decidió entonces alejarse definitivamente de la política.

Virgilio, cinco años mayor que él, lo presentó a Mecenas. A partir de ese momento, nació entre el rico y Horacio un amistad fuerte y sincera. Una muestra de ello fue la quinta que aquél le regaló, donde llevó el escritor una vida tranquila y holgada, dedicado a la realización de su obra.

A semejanza de Virgilio, practicó un epicureísmo moderado. Prefirió la vida sencilla a los halagos de la corte. Su moral es la del buen sentido y de la virtud sin ostentaciones. Pregonaba la "áurea mediocritas", es decir, una "dorada medianía", consistente en buscar el equilibrio entre el placer y el trabajo, entre el bienestar y la moderación.

Para ciertos historiadores de la literatura y estudiosos de su obra, Horacio es el mejor poeta lírico de Roma. Otros confieren tal título a Virgilio, a quien denominan el príncipe de la literatura latina.

Su primera publicación fueron **Los Épodos**. Son 17 poemas, que él denominó "**yambos**", de estilo ameno y satírico, a semejanza de la poesía lírica del griego Arquíloco, si bien de menor agresividad. Algunos de estos Épodos contienen invectivas personales en las que ridiculiza el ambiente político y literario de su tiempo de modo que fácilmente se advierte contra quién dirige sus tiros. En otros conmemora algún hecho célebre o narra amores intensos. Quizá el más famoso de sus Épodos es el que inicia con las palabras *Beatus Ille*, (Dichoso aquél). En este poema alaba la tranquilidad de la vida retirada del campo; pero lo hace en forma burlesca, porque al final de su lectura el lector se da cuenta de que quien vive tan holgadamente es un usurero pendiente de la llegada de sus deudores y dedicado de lleno a reinvertir su dinero para continuar con sus apacible descanso entre las bellezas de la campiña. Probablemente el escritor que más haya contribuido a la celebridad de dicho poema, haya sido el español Fray Luis de León, quien lo tomó como modelo para componer su no menos famosa **Oda a la vida retirada**, que inicia con estos versos: "**Qué descansada vida, la del que huye del mundanal ruido...**". **Las Sátiras**, consisten en dos breves libros de poemas, de sátira política, en que se retratan las costumbres y desviaciones de la vida pública romana. En ellas alude a momentos particulares de su vida; plantea discusiones sobre temas filosóficos, describe viajes, da consejos gastronómicos. En fin, pinta con su estilo ameno y satírico, la sociedad que le circunda, en un discreto tono coloquial, sin mucho lirismo.

Las Odas, constituyen su obra maestra. Son cuatro libros, en los que se suman 103 composiciones de métrica y de

Poesía Latina: Ovidio y Horacio. El arte de amar páginas 1, 2 y 3. Martiana: Versos Sencillos página 3.

Virgilio y la Eneida página 4 y 5. Poesía centroamericana, influencias de la cultura latina páginas 5 y 6.

Breve antología de la Poesía y el pensamiento latino página 6 y 7.

Literatura salvadoreña: Poesía de Raúl Contreras/ Lidia Nogales página 7

Luis Rogelio Nogueras página 8. La Edad de Oro: El Padre Las Casas. José Martí (II) página 8.

temática diversa: las hay de índole filosófica, idílica o epicúrea. Canta en ellas los placeres del campo, las delicias del buen comer, los amores, el progreso estatal.

En esta obra se refleja todo el bienestar y la paz que disfrutaban, tanto el autor como el imperio. Por ello, el tono hiriente y fuerte de algunas épodos o sátiras ha desaparecido para dar lugar a un estilo más sutil, aunque siempre irónico. Produjo estas odas en el más florido momento de la literatura romana: cuando Virgilio creaba **La Eneida** y el gran historiador Tito Livio escribía sus **Anales**.

El principal valor de **Las Odas** de Horacio es la magistral sencillez con que transfigura asuntos triviales, cotidianos, en motivos poéticos, a base de una fantasía que sólo accesoriamente echa mano de la mitología o de la retórica.

Célebre entre estas odas es la dedicada a **...La nave que conduce a Virgilio a Atenas (Oda N° 3)**, en que pide a los dioses que protejan a su amigo y lo hagan volver sano y salvo. Increpa a la nave para que cuide la preciosa carga que le ha sido encomendada. Alude el peligro grave que en esa época significaba un viaje tan largo. **Las Epístolas** constan de dos libros. Vuelve en ellas al tono festivo y burlesco de **Las Sátiras**. Trata cuestiones filosóficas, morales, literarias y didácticas. La más famosa de todas es la **Epístola a los Pisones**, dirigida a la familia de los Pisones, con el propósito de darles normas sobre cómo escribir bien. Es por tal contenido que posteriormente se ha modificado su título por el de **Arte poética**, ya que constituye un verdadero tratado de retórica y de preceptiva literaria.

Publio Ovidio Nasón
(43 a. de C.-17 d. de C.)

Nació en Sulmona, de familia de nobles patricios. Fue educado por insignes maestros de Roma. Según indicaciones de su familia, debía instruírsele para la política, a fin que pudiese, ya adulto, desempeñar cargos públicos. Estudió, además, literatura, retórica, filosofía y gramática.

A los 16 años inició sus actividades en el foro romano. Luego, marchó a Grecia, para perfeccionar su instrucción, cumpliendo así uno de sus sueños dorados de niño.

A la edad de 20 años compuso sus primeras obras amatorias. Desde entonces ganó fama y fue celebrado como poeta de simpatía popular.

Desempeñó algunos cargos judiciales, sobre todo para complacer a su padre.

Pero a la muerte del mismo, se consagró por entero a la poesía.

Rico y admirado por sus conciudadanos, gozó durante su primera época de escritor,



Horacio



El mito de Icaro

de la amistad del emperador Augusto.

Se casó tres veces. Repudió a sus dos primeras esposas, pero con la última sintió en cambio, un intenso amor y admiración, y fue ella quien lo acompañó en los infortunados últimos años de su vida. Tuvo varias amantes.

Durante su juventud fue un tanto libertino, como eran los jóvenes de la aristocracia romana. Conoció los placeres de la embriaguez y de la nocturnidad, así como los de la vida sensual, ya que era hombre muy enamorado.

En una de sus obras escribió:

Mi apasionado corazón, fácilmente vulnerable a los dardos de Cupido, se conmovía ante la belleza más leve; pero a pesar de mi temperamento fogoso no cayó mi reputación envuelta en ningún escándalo.

En el año 8 a. de C., la fatalidad hizo presa del poeta Ovidio. Tenía entonces 50 años. El emperador, por razones que los historiadores no han podido determinar a ciencia cierta, lo desterró de Roma, inflexiblemente, y lo confinó a una tierra lejana y primitiva: la aldea de Tomis, a orillas del Mar Muerto, en la zona llamada Ponto Euxino, que servía de límite entre Europa y Asia. Tomis era un pueblo pequeño, habitado por gentes primitivas, de idioma extraño para el poeta, donde la civilización romana estaba ausente y la vida se tornaba ingrata y dura para un miembro de la aristocracia latina.

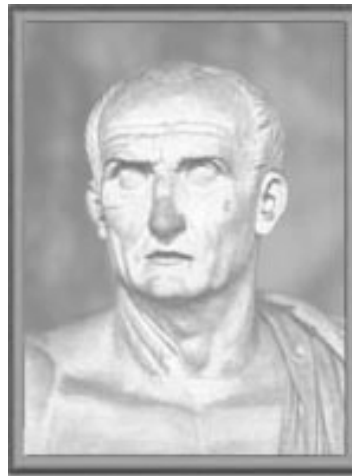
Augusto adujo como causa de este castigo, el contenido inmoral de la obra **Arte de amar**, a la que calificó de **“Arte de cometer adulterio”**. Pero se sabe con certeza que tal acusación fue sólo un pretexto, pues la obra, si bien audaz y en parte pornográfica, había sido publicada 10 años antes, y ninguna censura oficial había recibido. Existen varias hipótesis sobre los motivos que movieron al emperador a tan drástica resolución; dos de ellas son:

1ª) Tiberio, poderoso amigo del emperador, al enterarse de los amores de su hija Julia con el poeta, exigió que se le castigase.

2ª) Ovidio descubrió, ocasionalmente, ciertas inmoralidades y malos manejos de dinero tanto en Tiberio como en Augusto, por lo cual decidieron alejarlo totalmente del imperio.

Dieron base a tales conjeturas, por un lado, la enemistad de Tiberio hacia el escritor y por otra, su amistad con Julia, quien también fue desterrada al mismo tiempo que él a otro país.

En Tomis transcurrieron los últimos años de su existencia, dedicado a escribir y a lamentar su destierro. Intentó por numerosas vías obtener el perdón del emperador, pero, cuando parecía estar a punto de lograrlo, sobre todo gracias a influencias de intelectuales amigos suyos, Augusto murió; y el sucesor Tiberio, mantuvo el castigo del poeta.



Mecenas

Ovidio fue un hombre cultísimo y versátil, amante de lo nuevo y de lo progresista. Escribió al respecto: **Amen otros lo antiguo; dichoso me siento por haber nacido en estos tiempos nuevos, tiempos para mí tan gratos.**

Fue, además muy consciente de su gloria y de su calidad de escritor: **Singularísimo don me diste, oh musa: la gloria en vida que a los demás otorgas sólo con la muerte.**

Fue denominado **“maestro del amor”**, ya que aparte de sus variadas obras sobre ese tema, se complacía en confesar abiertamente su condición de hombre enamorado: **Me domina la blanca lo mismo que la morena; en la de cutis oscuro me son no menos gratas las delicias de Venus: Si los cabellos de ébano le caen sobre la garganta de nieve, recuerdo que la hermosura de Leda consistía en su negra cabellera; si son rojos, que la aurora sacude sus cabellos de color de azafrán; y me adapto por igual a todas las historias.**

Escribió su propio epitafio: **Contempla: aquí yazgo sepultado yo, Ovidio, el poeta de los tiernos amores, que perecí por mi propio ingenio. Mas tú, que pasas cerca, si también amaste, susurra: huesos de Ovidio, tened al fin dulce reposo.**

SU OBRA

Los amores, extenso poema erótico, publicado a la edad de 25 años. Dedicado a una dama ficticia y misteriosa: Corina, creación puramente imaginativa del autor. En él narra conflictos y pasajes imaginarios. Son composiciones de carácter alegre, atrevido, de gran emotividad y altura poéticas. Despliega en esta obra sentido de la burla y de la sátira así como de lo picaresco. Mientras en otros autores de su época encontramos sentimentalismo y pasión, en él hay alegría y sensualidad.

Las Heroínas, son 18 cartas imaginarias, extraídas de la mitología. Mujeres célebres, como Dido, Penélope, Medea o Briseida, escriben a sus esposos o amantes doliéndose de su ausencia o reclamándoles supuestas infidelidades. Los temas son, pues, la ausencia y los celos. El estilo es refinado, lleno de ingenio. Los argumentos, recompuestos por el autor, están inspirados en las tragedias y epopeyas griegas. Constituyen el más rico y original epistolario de la mitología clásica.

El arte de amar es su obra más famosa y más discutida. Causó algún escándalo al ser publicada. Por ella mereció el título de **“Maestro del amor”**.

Consiste en tres libros: Los dos primeros dan consejos a los hombres sobre cómo seducir a las mujeres, y el último instruye

a las mujeres para que puedan conservar a sus maridos o amantes.

El Arte de Amar nace de las experiencias juveniles de Ovidio, en una sociedad aristocrática dedicada a la diversión y a los placeres sensuales. Posee comicidad y espíritu burlesco. Hay partes pornográficas, obscenas, si bien tratadas con finura, con verdadero arte. Pretende ser una teoría del amor, de la conquista amatoria.

Pese a cualquier acusación de inmoralidad, es un libro literariamente valioso que sirvió de modelo a numerosos escritores de la Edad Media y del Renacimiento., y que sigue siendo leído y traducido en la actualidad tanto como en épocas anteriores. Según el historiador Jáuregui, su verdadera traducción al castellano debiera ser: **Arte de enamorar y de cortejar.**

Tiene además un valor documental porque describe cuadros realistas de las costumbres y de las formas de vida romana en la época de los emperadores. Demuestra un alto conocimiento de la psicología femenina de su tiempo.

Para el escritor francés Nicolás Boileau (1636-1711), “Las lecciones del **Arte de Amar**, son encantadoras y como dictadas por el mismo Amor”.

Aunque no es la más difundida de sus obras, sí parece ser la más perfecta en cuanto a estilo literario y calidad poética, según la crítica de los especialistas.

La Metamorfosis, es una vasta colección de leyendas de la mitología clásica griega y romana, organizada en 15 libros. Contiene más del centenar de leyendas dispuestas en orden cronológico, es decir, desde las que narran la creación del mundo y del hombre, hasta las que se refieren a la fundación e historia de Roma.

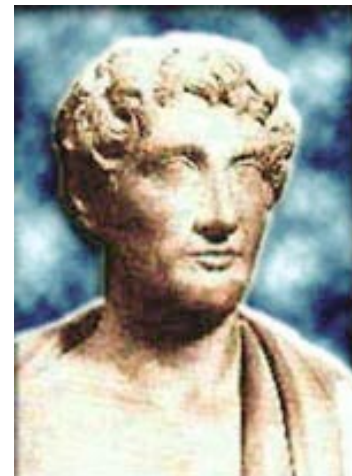
Debe su nombre a que varios de estos relatos explican la transformación de seres mitológicos en otro ser u objeto.

Por ejemplo: la transformación de **Siringa** en caña; de **Eco** en voz; de **Narciso** en flor; de **Aracne** en araña, de **Atlas** en montaña; de **Niobe** en estatua de mármol y de **Acteón** en cuervo. Otras leyendas tratan asuntos diferentes. Constituyen, en general, un rico tratado de mitología, escrito en exquisito lenguaje poético y ordenado magistralmente.

Lo original de esta obra radica en los elementos de fantasía que Ovidio introduce en ellas, pues no siempre se ciñe estrictamente a las versiones clásicas.

Por ejemplo, la última leyenda de la serie, narra la transformación de Julio César en estrella, imaginación propia del poeta.

Fastos, poema dividido en 12 libros. Iniciado en Roma y concluido en el destierro. Cada libro corresponde a un mes. Narra las costumbres, festividades, supersticiones del culto y de la liturgia



Ovidio

romana. Es una obra de poco valor literario, pero de interés documental.

Cartas del Ponto y Los Tristes, sus dos últimas obras, corresponden a sus años de destierro.

Son de inferior calidad si se les compara con las anteriores, pero revelan el sentimentalismo, la desesperación, el carácter íntimo de Ovidio, quien esperaba con ellas, obtener el perdón del emperador. Estas obras consisten en epístolas y narraciones sobre su vida, su sufrimiento y el mundo primitivo que le rodea en el destierro, suman cuatro libros de cartas y una serie de lamentaciones.

Tienen, sobre todo, valor histórico y biográfico.

Arte de Amar (Fragmento del libro tercero) Ovidio

Debo confesaros, sin tapujos ni medias palabras, por qué mi barco inseguro desea volver al puerto. Quizá vosotras esperarías todavía algo más importante. Acaso esperarías que os indicase algo sobre vuestro comportamiento en los banquetes. Pues bien, atended... No vayáis allí tarde ni hagáis ostentación de vuestras gracias hasta que estén encendidas todas las antorchas. La espera del amor favorece a Venus. La víspera del goce acrecienta la seducción. Si sois feas... cuando todos se hallen borrachos, seguramente les pareceréis hermosas, y realmente en la penumbra... podéis parecerlo. No probéis nada antes de ir al festín y en la mesa moderad el apetito. Si me hiciérais caso, comeríais algo menos de lo que os pide la gana. Os aseguro que si el hijo de Príamo viera a Helena comiendo a dos carrillos se hubiera desilusionado con estas parecidas palabras:

“¡Para qué habré yo raptado a esta estúpida mujer!”.

Mejor sienta a una joven el exceso de bebida. Baco y Cupido se llevan muy bien. Pero, sin embargo, no debéis perder la cabeza.

Que no se enturbien las razones. Que no vacilen los pies ni veáis dobles los objetos. Una mujer embriagada repugna. ¡Ah! y cuidado con el sueño. Es propicia la siesta a los ultrajes al pudor.

Un poco avergonzado estoy de mis enseñanzas, pero la hermosísima Dione me alienta diciéndome:

“Eso que te sonroja... es lo que más deseo”... “Cada cual debe conocerse bien a sí misma y adoptar posturas convenientes. No favorece a todos idéntica actitud. La que tenga hermosa espalda, ofrézcala a los ojos ávidos de la concurrencia. Milanion cargaba sobre sus hombros las piernas sugestivas de Atalanta; si tú las tienes tan bonitas, lúcelas del mismo modo. La que tenga el talle largo,

debe oprimir con sus rodillas el lecho y escorzarse después con voluptuosidad. No te sonroje, como una bacante de Tesalia, soltar tus cabellos y dejarlos ondear sobre tus hombros”. Reconocedlo: nunca los trípodos de Febo ni los oráculos de Júpiter Amón habrán dictado verdades como las que mi musa os dijo. Si merece alguna confianza el arte de que hice estímulo y experiencia, creedme, porque mis versos no os engañarán nunca. En el amor la mujer debe notarse tan abrasada como el Varón y así los dos se repartirán los dulces premios, los suspiros, los entrecortados alientos. Y si a una de vosotras negó Venus una sensual naturaleza... fingid. Aquí doy fin a mis lecciones. Ya es hora de libertar a los cisnes gemelos que tiraban de mi esquite y que las lindas muchachas, como antes lo hicieron los arrogantes mancebos, confiesen con alegría: “¡Tuvimos a Nasón por maestro!”.

Épodo N° 2 Horacio

Dichoso el que de pleitos alejado,
cual los del tiempo antiguo,
labra sus heredades, olvidado
del logrero enemigo.
Ni el alma en los reales
le despierta
ni tiembla en la mar brava:
huye la plaza y la soberbia puerta
de la ambición esclava.

Su gusto es oponer la vid crecida
al álamo ayuntada,
o contemplar cuál pace, desparcida
al valle su vacada.

Ya poda el ramo inútil
y ya ingiere
en su vez el extraño,
o castra sus colmenas,
o si quiere
trasquila sus rebaños.
Pues cuando el padre Otoño muestra
fuera
la su frente galana,
¡con cuánto gozo coge
la alta pera,
las uvas como grana,
y a ti, sacro Silvano, las presenta
que guardas el ejido.

Debajo un roble antiguo
ya se asienta,
ya en el prado florido:
el agua en las acequias
corre y cantan
los pájaros sin dueño:
las fuentes, al murmullo
que levantan,
despiertan dulce sueño

Así dispuesto Alfio el usurero,
pensando hacerse rústico,
a mediados de mes su capital
todo recoge
y volverá a prestarle
cuando otro mes comience.

Contra la Guerra Civil (Oda)
Horacio

O navis referent in mare te novi

¿Qué nuevas esperanzas
al mar te llevan? ¡Torna,
torna, atrevida nave,
a la nativa costa!

Aún ves de la pasada
tormenta mil memorias,
¿y a correr fortuna
segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes
aleves tu derrota,
do tarda los peligros
avisará la sonda.

¡Ah! Vuelve, que aún es tiempo,
mientras el mar las conchas
de la ribera halaga
con apacibles olas.

Presto, erizando cerros,
vendrá a batir las rocas,
y náufragas reliquias
hará a Neptuno alfombras.

De flámulas de seda
la presumida pompa
no arredra los insultos
de tempestad sonora.

¿Qué valen contra el curso
tirano de las ondas,
las barras y leones
de tu dorada popa?

¿Qué tu nombre famoso
en reinos de la aurora,
y donde el sol recibe
su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,
segura de sí propia,
desafiaba al viento
otra arrogante prora.

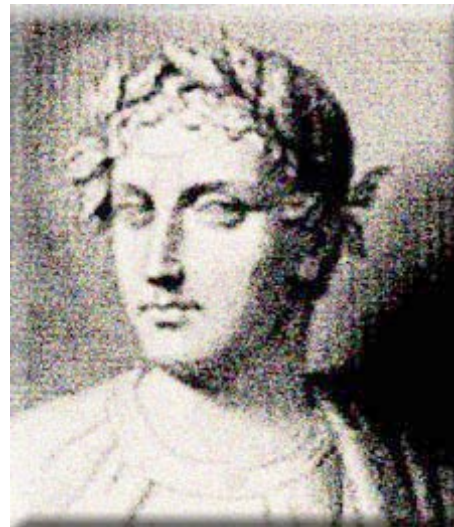
Y ya, podrán infausto
que al navegante asombra,
en un desnudo escollo
está cubierta de ovas.

¿Qué? ¿No me oyes? ¿El rumbo
no tuerce? ¿Orgullosa
descoges nuevas velas
y sin parar te engolfas?

¿No ves, oh malhadada,
que ya el cielo se entolda,
y las nubes bramando,
relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana
que hinchada se alborota,
ni el vendaval te asusta
que silba en las maromas?

Vuelve, objeto querido
de mi inquietud ansiosa,
vuelve a la amigable playa
antes que el sol se esconda.



Horacio

Martiana



Poesía II

Yo sé de Egipto y Nigricia,
Y de Persia y Xenophonte;
Y prefiero la caricia
Del aire fresco del monte.

Yo sé de las historias viejas
Del hombre y de sus rencillas;
Y prefiero las abejas
Volando en las campanillas.

Yo sé del canto del viento
En las ramas vocingleras:
Nadie me diga que miento,
Que lo prefiero de veras.

Yo sé de un gamo aterrado
Que vuelve al redil, y expira,-
Y de un corazón cansado
Que muere oscuro y sin ira.

Poesía VIII

Yo tengo un amigo muerto
Que suele venirme a ver:
Mi amigo se sienta, y canta;
Canta en voz que ha de doler.

“En un ave de dos alas
“Bogo por el cielo azul:
“Un ala del ave es negra,
“Otra de oro Caribú

“El corazón es un loco
“Que no sabe de un color:
“O es su amor de dos colores,
“O dice que no es amor

“Hay una loca más fiera
“Que el corazón infeliz:
“La que chupó la sangre
“Y se echó luego a reír

“Corazón que lleva rota
“El ancla fiel del hogar,
“Va como barca perdida,
“Que no sabe a dónde va.”

En cuanto llega a esta angustia
Rompe el muerto a maldecir:
Le amanso el cráneo: lo acuesto:
Acuesto el muerto a dormir.

De: Versos sencillos.



Icaro

Virgilio y La Eneida

PRIMER AÑO DE BACHILLERATO

El poeta latino Virgilio (año 30 antes de Cristo-14 después de Cristo) escribió lo que conocemos de su obra atendiendo peticiones de sus benefactores —entre ellos, Mecenas, el hombre acaudalado que mantenía a los artistas de su preferencia—. El hecho que en Roma halla poetas —Virgilio fue uno de ellos, pero también están Horacio y Ovidio— y prosistas como Tito Livio, que cuentan con el apoyo de los poderosos para escribir, es uno de los signos del poderío romano que caracterizó a la época de Augusto César. Es una época de paz posterior a las guerras imperiales. Ahora, Roma goza del poder que tiene por vastas regiones del mundo conocido por los europeos, en una era de tranquilidad y de lujo. La poesía que Roma demanda es aquella que cuente sus grandezas: las virtudes y excelencias de la agricultura y sus mitos fundacionales.

Parecería que la poesía escrita en la era de Augusto, al estar destinada a ensalzar las glorias del imperio, no tendría nada que valga la pena. No es cierto. Además, muchos temas fueron escogidos libremente por los autores, haciéndose eco de las necesidades de la sociedad. Estos poetas llegaron a lograr un dominio del arte poético tal, que eran capaces de encontrar tesoros en temas que quizá pudieran parecer triviales. Por ejemplo, Virgilio eligió cantarle a la vida pastoril, instado por las sugerencias de uno de sus benefactores, y así compuso Las bucólicas. Las geórgicas, fueron su respuesta a la necesidad del gobierno de Augusto de convertir los brazos que habían empuñado las armas en la expansión romana, en brazos que cultivaran la tierra. Los soldados de baja estaban renuentes a convertirse en campesinos. Es así como Virgilio canta las bondades del campo: quiere convencer a estos guerreros, que no saben hacer otra cosa que pelear, para que siembren los campos de los frutos que Roma necesita.

Virgilio había nacido en un pueblito llamado Andes, en las cercanías de Mantua. Por eso, Dante, en su Divina comedia, se refiere al poeta como «mantuano»: es una alusión al



Dante y Virgilio

gentilicio de Virgilio. Gracias a que su familia tenía suficientes medios económicos, el joven poeta logró educarse en los grandes centros culturales de su patria: Roma, Milán [llamada entonces Mediolanum], Cremona, donde aprendió mucho: gramática y retórica, esenciales para un poeta; matemáticas, oratoria, medicina y filosofía.

En Roma, la ciudad capital del imperio, conoció a los poetas que se agrupaban en derredor de Catulo, quienes estaban influidos por la literatura griega de la época helenística (esto es, cuando Grecia, consumado el dominio sobre varios pueblos del Mediterráneo, entra en una decadencia política y cultural). Virgilio se suma a los llamados poetae novi, los poetas jóvenes. También frecuenta los círculos epicúreos, círculos filosóficos influenciados por una de las corrientes filosóficas de la Grecia helenística: los epicúreos, quienes reivindican la importancia de los placeres y de los sentidos humanos.

Viaja a Nápoles para acercarse más al epicureísmo y para huir de la inestabilidad política que reina en Roma, después de las guerras. Al volver a la ciudad imperial, goza de la protección de Asino Polión, hombre rico

que utiliza su influencia para impedir que unas propiedades de Virgilio sean confiscadas por el gobierno, que necesitaba «reinsertar» a los soldados desmovilizados. En agradecimiento, Virgilio dedica a su benefactor Las bucólicas, también conocidas como Églogas.

El allegarse a otro hombre poderoso, Mecenas, le sirvió a Virgilio para entrar en los círculos del emperador Augusto. Mecenas le sugirió las ideas con que compuso Las geórgicas, de las que hablamos líneas antes.

El tema de La Eneida surge de la relación entre Virgilio y el emperador. Roma aún no tenía un gran poema que exaltara los orígenes del país y de la familia imperial. Virgilio se da a esta tarea, y comienza a escribir el poema en el año 29, durante una estadía en Nápoles. En el año 19, cuando todavía sigue trabajando en el poema, visita los lugares de Grecia donde se lleva a cabo la acción de La Eneida. A su regreso de Grecia, cae enfermo en la ciudad de Brindisi. Presiente que va a morir y encarga a sus amigos que destruyan el poema, pues no lo considera perfecto. Para bien nuestro, sus amigos no atendieron el último deseo del poeta, y así es como ha perdurado La Eneida.

Virgilio está influido por la literatura griega, y es natural, porque Grecia marcó mucho del

talante de Roma. Las Geórgicas (cuyo nombre proviene del griego y significa cultivo de la tierra), están influidas por Los trabajos y los días, de Hesíodo —poeta griego—. La Eneida no puede explicarse sin La Ilíada y La Odisea, los dos poemas épicos de Homero. No hay una copia servil de lo helénico, pero sí los recursos formales les sirven a los latinos para ir configurando una voz propia de lo nacional. Es así en todas las literaturas, y en toda actividad intelectual o cultural: todo crece al contacto de otras culturas, robusteciendo las raíces nacionales. Y es que es necesario conocer la voz del otro para encontrarse con la propia voz.

La Eneida toma como protagonista a un personaje de La Ilíada: Eneas, uno de los príncipes troyanos que participa en la defensa de su ciudad. Eneas aparece en el canto XIII, donde se le muestra como un guerrero valiente, que se bate en duelo con Idomeneo, caudillo cretense. Eneas es hijo de Anquises y de la diosa Venus y es el más valiente después de Héctor, el primero entre los troyanos.

La trama de La Eneida se desarrolla después de que Troya cae en manos de los griegos —que es hasta donde llega La Ilíada.

Eneas tiene que marcharse de su país y recorre el mar Mediterráneo hasta fundar Roma. Aquí se advierte, en primer lugar, una voluntad de diferenciarse de la influencia griega, no de sustituirla: los romanos estaban convencidos de la grandeza de la cultura de Grecia y trabajaron mucho en traducciones de autores de ese país. La literatura romana no plantea espectaculares novedades con respecto a Grecia, sino que su mérito reside en la adaptación de lo griego a la romanidad. Eneas, no hay que olvidarlo, es troyano, no griego. En segundo lugar, se insinúa que la familia imperial —la de Augusto— desciende del linaje de Eneas.

Un buen resumen de la obra es éste, que presenta los hechos principales de los doce libros en que el poema está dividido:

Libro I. Eneas y los suyos son arrojados a las costas de Cartago por una tempestad; allí la reina Dido les concede hospitalidad.

Libro II. Eneas le cuenta a Dido sus peripecias; la destrucción de Troya y la huida.

Libro III. Eneas continúa, relatando su viaje errático por el Mediterráneo oriental.

Libro IV. Dido, enamorada, trata de retener a Eneas; Juno y Venus se alían para que esto suceda así. Finalmente, Eneas recuerda su destino y abandona a Dido, que, en su desesperación se suicida.

Libro V. Eneas desembarca en Sicilia y allí celebra unos juegos fúnebres en honor de su padre, Anquises. Las mujeres troyanas prenden fuego en las naves. La lluvia implorada por Eneas apaga el fuego. El fantasma de Anquises recomienda que deje en Sicilia a quienes lo deseen y que luego prosiga su viaje.

Libro VI. Eneas desembarca en Cumas. Acompañado por la Sibila desciende a los Infiernos. Allí encuentra diversos espectros.

Libro VII. Eneas desembarca en el Lacio, donde lo recibe amistosamente el rey Latino, que le ofrece la mano de su hija Lavinia. Se desencadena la guerra entre los troyanos y los latinos, capitaneados por Turno, antiguo prometido de Lavinia.

Libro VIII. Eneas concierta una alianza con Evandro, rey de la región donde un día se alzaría Roma, y con los etruscos.

La poesía latina

Poesía épica	Livio Andrónico (284-200 antes de C.): traducción de la <i>Odisea</i> Nevio (m. hacia 200): <i>Primera guerra púnica</i> Ennio (239-169): <i>Anales</i> . Virgilio (70-19): <i>Eneida</i> Lucano (39-65 después de C.): <i>Farsalia</i> . Claudio (s. IV y V después de C.) <i>Rapto de Proserpina</i> .
Poesía didáctica	Lucrecio (95?-51 antes de C.): <i>De la naturaleza</i> . Virgilio: <i>Geórgicas</i> . Horacio (65-8 antes de C.): <i>Epístolas</i> , en particular, <i>El arte poética</i> .
Poesía elegíaca y lírica	Catulo (87-54 antes de C.): <i>Odas; Epigramas</i> , etc. Horacio: <i>Odas; Épodos</i> . Propertio (53-19 antes de C.): Tíbulo (54 antes de C.-18 después de C.): <i>Elegías</i> . Ovidio (43 antes de C.-17 después de C.): <i>Amores; Heroídas; Arte de amar; Metamorfosis; Tristes</i> . Ausonio (hacia 310-hacia 395 antes de C.): poemas.
Poesía satírica	Lucilio (148-103 antes de C.): <i>Sátiras</i> (30 libros). Horacio: <i>Sátiras</i> (18, reunidas en dos libros) Persio (34-62 después de C.): <i>Sátiras</i> (seis). Marcial (42-104 después de C.): <i>Epigramas</i> (14 libros). Juvenal (fines del s. I - principios del siglo II): <i>Sátiras</i> (dieciséis). Anonio: <i>Epigramas</i> . Claudio (hacia 370- hacia 404): <i>Invectivas contra Rufino</i> .
Poesía pastoril Apólogo	Virgilio: <i>Bucólicas</i> . Fedro (30 antes de C.- 44 después de C.): <i>Fábulas</i> (cinco libros).

Fuente: Enciclopedia Autodidáctica Quillet

Libro IX. Mientras Eneas está ausente, Turno ataca a los troyanos. Niso y Euríalo tratan de atravesar de noche las líneas enemigas para alertar a Eneas, pero fracasan.

Libro X. Se celebra una asamblea de los dioses. Júpiter prohíbe la intervención de las diosas Juno y Venus. Los acontecimientos deben seguir su propio curso. Eneas regresa a la batalla. Turno mata a Palas, hijo de Evandro y amigo de Eneas, pero éste no puede tomar venganza por el momento.

Libro XI. Eneas propone que el resultado de la guerra se decida en un combate singular entre él y Turno.

Libro XII. Los rútilos rompen la tregua declarada para el duelo. Finalmente Turno y Eneas se batan. Cae Turno y pide clemencia a Eneas, pero éste, al ver que su rival lleva un tahalí arrebatado a Palas, le da el golpe mortal. Aquí acaba la Eneida.

Fuente: <http://www.pntic.mec.es/mem2001/scripta/gen/autores/virgilio.htm>

[Es una página muy buena, como introducción a la literatura latina]

Sobre La Eneida ha comentado Julio Maestre, de la Universidad Nacional del Comahue, en Argentina: «La Eneida comenzó a escribirse en el año 30, apenas derrotados Antonio y Cleopatra, y no estaba totalmente terminada en 19 a. C., cuando la muerte sorprendió al poeta. Augusto pasó por alto su última voluntad de quemar la Eneida o quizá lo persuadió en su lecho de muerte para que consintiera en que sus amigos Vario y Tuca la publicaran. En el plazo de un año, aproximadamente, estos realizaron su trabajo y la obra salió a la luz en torno al 17, sin ningún añadido a los versos incompletos y únicamente con aquellas supresiones que a juicio de los editores también habría realizado el propio Virgilio. Según Guillemín, la intriga de la Eneida, tal como se presenta hoy, reúne “unidad, claridad, facilidad en el encadenamiento de los hechos, relato bien construido, bien equilibrado, tan conmovedor para el corazón como satisfactorio para la inteligencia”. Dicho autor encuentra en el “subsuelo de la Eneida” cuatro grupos de leyendas: El primero y más antiguo viene de la Ilíada. El segundo grupo es el relativo a los viajes, que han sido comparados con los de Ulises. El tercer grupo, el más complejo de todos, concierne a la prehistoria de la fundación de Roma. Y el cuarto grupo de leyendas se refiere a las guerras que constituyen el tema de los seis últimos libros de la Eneida.»

Fragmento del Canto I de La Eneida

Entretanto, el piadoso Eneas, revolviendo mil cuidados en su cabeza toda la noche, apenas empezó a despuntar la vivificadora luz del día determinó salir a reconocer por sí mismo aquellos sitios desconocidos y saber a qué playas le han impelido los vientos, si las habitan (pues las ve incultas) hombres o fieras, y llevar a sus compañeros cabal noticia de todo. Oculta sus naves en un hueco de los bosques, debajo de una socavada peña, y sale acompañado solamente de Acates, blandiendo en sus manos las jabalinas de grandes puntas de hierro. En medio de la selva le sale al encuentro su madre, disfrazada con rostro, traje y armas de virgen espartana, o semejante a Harpálice [reina de las amazonas] de Tracia cuando fatiga sus caballos y vence a la carrera al rápido Euro, pues llevaba pendiente de los hombros, a modo de cazadora, el certero arco y daba al viento la suelta cabellera, desnuda la rodilla y prendida con un broche la flotante túnica. “Hola mencebos -les dice, hablándoles la primera-, ¿habéis visto acaso errante alguna de mis hermanas, ceñidas la aljiba y la piel de manchado lince, o acosando con sus gritos la carrera de espumante jabalí?”, dijo Venus, a

lo que respondió su hijo: “A ninguna de tus hermanas he oído ni visto, oh virgen, que no sé cuál nombre darte, pues ni tu rostro es mortal ni parece humana tu voz. ¡Oh, diosa seguramente!, ¿eres acaso la hermosa Febo o del linaje de las ninfas? Quienquiera que seas, séenos propicia, alivia nuestro grave afán y dinos bajo qué cielo, por fin, a qué playas del mundo nos ha arrojado la suerte. Ignorantes del sitio en que estamos y de los pueblos que le habitan, vagamos perdidos, arrastrados aquí por el viento y las inmensas olas; dinos dónde nos hallamos, y nuestra mano, agradecida, ofrecerá en tus altares sacrificios numerosos.” Venus contestó: “A la verdad no soy digna de tales honores; uso es de las doncellas tirias vestir la aljiba y calzar altos coturnos de púrpura. Viendo estás los púnicos dominios, los tirios y la ciudad de Agenor; estos son los lindes africanos, poblados por una raza muy belicosa. Rige este imperio la reina Dido, que abandonó su ciudad de Tiro, huyendo de su hermano; larga es la historia de estas disensiones, muchos sus accidentes, pero sólo recordaré los puntos principales. Era Dido esposa de Siqueo, el más rico señor de tierras entre los fenicios, a quien profesaba la infeliz grande amor; virgen se la había dado su padre al unirla con él bajo felices auspicios; pero, como reinase en Tiro su hermano Pigmalión, el más perverso de los hombres, suscitóse entre los dos un odio terrible, y el impío Pigmalión, ciego con el amor del oro, asesino desprevenido a Siqueo delante de los altares, despreciando el dolor de su amante hermana. Por largo tiempo tuvo encubierto el crimen e, inventando mil pretextos, burló con vanas esperanzas a la triste esposa; mas vio ésta en sueños la imagen de su marido insepulto, el cual, levantando la faz maravillosamente pálida, le descubrió su pecho traspassado por el hierro al pie del ara y le reveló todo el oculto crimen de su familia. Persuádela enseguida a acelerar la fuga y abandonar su patria, y para auxilio del viaje le descubre algunos tesoros que tenía enterrados, en cantidad inmensa de plata y oro. Agitada con esto Dido, preparaba su fuga y reunía los que habían de acompañarla, señalados entre los que más detestaban o temían al tirano; apodéranse de unas naves que por dicha estaban aparejadas, y las cargan de oro; las riquezas del avaro Pigmalión van por el mar, y una mujer capitanea la empresa. Llegaron los fugitivos a estos sitios, donde ahora ves las altas murallas y el alcázar, ya comenzado a levantar, de la nueva Cartago, y compraron una porción de terreno, tal que pudiera toda ella cercarse con la piel de un toro, de donde vino el nombre de Birsa [la ciudadela de Cartago]. Pero vosotros, decidme, ¿quiénes sois, de qué playas venís, adónde enderezáis el camino?”

Él, suspirando y arrancando la voz de lo más hondo del pecho, respondió a estas preguntas: “Oh diosa, si he de referiros nuestras desgracias desde su origen, y tenéis que vagar para oír los anales de nuestros trabajos, antes de que concluya, Véspero [el lucero de la tarde] sepultará la luz del día en el cerrado cielo. Después de andar errantes por diversos mares, un capricho de la tempestad nos ha arrojado a las costas africanas desde la antigua Troya (si por dichas el nombre de Troya ha llegado a vuestros oídos). Yo soy el piadoso Eneas, cuya fama llega al cielo, que traigo conmigo en mis naves los patrios penates, arrabataados del furor de los enemigos, y voy buscando mi patria, Italia, y el linaje del supremo Júpiter, de quien desciendo. Con veinte bajeles di la vela en el mar frigio y mostrándome el camino la diosa Venus, mi madre, seguía la suerte que me estaba deparada; hoy apenas me quedan siete naves, maltratadas por el Euro y las olas; yo mismo, desconocido, menesteroso, ando perdido por los desiertos de África, repellido de Europa y de Asia.” No pudo Venus oír más tiempo a su doliente hijo y le interrumpió en estos términos, en medio de su dolor: “Quienquiera que seas, oh tú, que acabas de

llegar a la ciudad tiria, no creo que vivas aborrecido de los dioses. Prosigue tu camino y ve desde aquí a los umbrales de la reina Dido, por que te anuncio que recibirás a tus compañeros y a tu armada dispersa, que han llevado a puerto los seguros vientos ya mudados, a menos que mis padres me enseñasen en vano la ciencia de los agüeros. Mira esos doce cisnes, cuya área bandada perseguía en el sereno cielo el ave de Júpiter [el águila], desprendida de la altura; mira cómo ahora nadan por la tierra en larga hilera o parece que eligen sitio donde posarse, y, ya reunidos, baten las sonoras alas y forman círculos en el aire y sueltan el canto; no de otra suerte tus naves y la flor de tus guerreros o están ya en el puerto o entran en él a toda vela. Ve, pues, y dirige el paso adonde conduce ese camino”, dijo, y volviendo el rosado cuello, resplandeció como una estrella, y sus cabellos esparcieron un divino olor de ambrosía; soltó el ropaje hasta los pies, y se reveló en su porte que verdaderamente era una diosa. Eneas, en cuanto conoció a su madre, le siguió en su fuga, con estos clamores: “¿Por qué tú también, cruel, alucinas tantas veces a tu hijo con imágenes engañosas? ¿Por qué no me es dado juntar mi diestra con la tuya y oír

tu voz y hablar contigo sin falsas apariencias?” Mientras con tales razones acusa a su madre, va, seguido de Acates, andando hacia la ciudad; mas a ambos los rodea Venus de un oscuro ambiente, extendiendo en torno una densa capa de niebla, con que nadie puede verlos ni tocarlos ni detenerlos ni preguntarles las causas de su venida. Ella, por los aires, se dirige a Pafos [ciudad de Chipre consagrada a Venus] y torna alegre a ver su morada, donde tiene un templo, en que humean cien altares con incienso sabeo y embalsaman el aire guirnardas de flores recién cortadas.

Publicado originalmente el sábado 28 de febrero de 2004.



La metamorfosis de Narciso

Poesía Centroamericana, influencias de la cultura latina

SEGUNDO AÑO DE BACHILLERATO



El Coliseo Romano

Ernesto Cardenal, es un poeta cercano a nuestro tiempo y nació en Nicaragua, en la ciudad de Granada, en 1925. Es difícil compendiar la obra de este gran poeta, quien también ocupó el cargo de Ministro de Cultura durante la revolución sandinista de 1979. Entre sus poemas más conocidos están Oración por Marilyn Monroe, Hora cero, Epigramas...

No hace mucho comenzó a publicar sus memorias. Aquí incluimos algunas composiciones poéticas de Cardenal, que tienen una clara impronta de la poesía grecolatina. Algunas veces, esta influencia es implícita: los epigramas que escribe continúan aquella forma breve, contundente por lo sintética, de escribir poesía que distinguía a un Catulo o a un Marcial. En otras, el homenaje a la literatura es proclamado, como un poema escrito «en imitación de Propercio», según el propio autor. Leamos:

Epigrama

Al perderte yo a ti tú y yo hemos perdido:
yo porque tú eras lo que yo más amaba
y tú porque yo era el que te amaba más.
Pero entre nosotros dos tú pierdes más que yo:
porque yo podré amar a otras como te amaba a ti
pero a ti no te amarán como te amaba yo.

Imitación de Propercio

Yo no canto la defensa de Stalingrado
ni la campaña de Egipto
ni el desembarco de Sicilia
ni la cruzada del Rhin del general Eisenhower:

Yo sólo canto la conquista de una muchacha.

Ni con las joyas de la Joyería Morlock
ni con perfumes de Dreyfus
ni con orquídeas dentro de su caja de mica
ni con cadillac
sino solamente con mis poemas la conquisté.

Y ella me prefiere, aunque soy pobre, a todos
los millones de Somoza.

Epigramas

*

Yo he repartido papeletas clandestinas,
gritado: VIVA LA LIBERTAD! En plena calle
desafiando a los guardias armados.
Yo participé en la rebelión de abril:
pero palidezco cuando paso por tu casa
y tu sola mirada me hace temblar.

*

Recibe estas rosas costarricenses,
Myriam, con estos versos de amor:
mis versos te recordarán que los rostros
de las rosas se parecen al tuyo; las rosas
te recordarán que hay que cortar el amor,
y que tu rostro pasará como Grecia y Roma.
Cuando no haya más amor ni rosas de Costa Rica
recordarás, Myriam, esta triste canción.

*

Cuando los dorados cortesces florecieron
nosotros dos estábamos enamorados.
Todavía tienen flores los cortesces
y nosotros ya somos dos extraños.

Breve antología de la poesía y el pensamiento latino

6 de marzo de 2004

El último escritor, con el que queremos cerrar estas páginas, era guatemalteco y amaba la poesía de Landívar. No era un poeta, pero tenía mucho de poeta. Escribió cuentos cortos, y fábulas, como Fedro el romano y Esopo el griego. Su nombre era, o es, Augusto Monterroso, y murió en febrero del 2004. Nacido en Tegucigalpa, Honduras, en 1921, don Tito, como le llamaban, tuvo algo común con el poeta Ernesto Cardenal: luchó contra las dictaduras. Por eso, Monterroso fue exiliado a México, país que lo acogió como a un hijo.

Se casó con una escritora magnífica, Bárbara Jacobs. Escribió libros de cuentos, cortísimos, como el célebre cuento del Dinosaurio. También escribió textos en prosa, sobre otros escritores, y una novela, Lo demás es silencio. Aquí incluimos algo del maestro:

Gallus aereorum ouorum

En uno de los inmensos gallineros que rodeaban a la antigua Roma vivía una vez un Gallo en extremo fuerte y noblemente dotado para el ejercicio amoroso, al que las Gallinas que lo iban conociendo se aficionaban tanto que después no hacían otra cosa que mantenerlo ocupado de día y de noche.

El propio Tácito, quizá con doble intención, lo compara al Ave Fénix por su capacidad para reponerse, y añade que este Gallo llegó a ser sumamente famoso y objeto de curiosidad entre sus conciudadanos, es decir los otros Gallos, quienes procedentes de todos los rumbos de la República acudían a verlo en acción, ya fuera por el interés del espectáculo mismo como por el afán de apropiarse de algunas de sus técnicas.

Pero como todo tiene un límite, se sabe que a fin de cuentas el nunca ininterrumpido ejercicio de su habilidad lo llevó a la tumba, cosa que le debe haber causado no escasa amargura, pues el poeta Estacio, por su parte, refiere que poco antes de morir reunió alrededor de su lecho a no menos de dos mil Gallinas de las más exigentes, a las que dirigió sus últimas palabras, que fueron tales: «Contemplad vuestra obra. Habéis matado al Gallo de los Huevos de Oro», dando pie así a una serie de tergiversaciones y calumnias, principalmente la que atribuye esta capacidad al rey Midas, según unos, o, según otros, a una Gallina inventada más bien por la leyenda.

El Burro y La Flauta

Tirada en el campo estaba desde hacía tiempo una Flauta que ya nadie tocaba, hasta que un día un Burro que paseaba por ahí resopló fuerte sobre ella haciéndola producir el sonido más dulce de su vida, es decir, de la vida del Burro y de la Flauta. Incapaces de comprender lo que había pasado, pues la racionalidad no era su fuerte y ambos creían en la racionalidad, se separaron presurosos, avergonzados de lo mejor que el uno el otro habían hecho durante su triste existencia.



Ovidio, arriba y abajo en la medalla.



Nacido en Cojutepeque en 1896 y fallecido en Madrid en 1973, el poeta Raúl Contreras fue un creador de belleza. De sus manos salieron los hermosos versos que calzó, ora con su nombre, ora con el heterónimo de Lydia Nogales, dama enigmática que embaucó a más de un crítico. De sus manos salieron también los planos para hermosos parques y sitios recreativos, entre estos últimos, el del balneario de Los Chorros. «Mago de los jardines», lo bautizó el poeta chileno Juan Guzmán Cruchaga. Uno de sus más lindos poemas es Viaje inútil. En la Colección Biblioteca Básica de la Dirección de Publicaciones puede encontrarse una edición de sus Versos del ayer, prologada por el poeta Ricardo Lindo. Disfrutemos este fin de semana con algunas muestras de su obra. Salvo el retrato del autor, las fotos que acompañan estas páginas son del gran artista mexicano Manuel Álvarez Bravo.

Poemas de Catulo

Vivamos, Lesbia mía, y amemos, y las habladurías de esos viejos tan rectos, todas, valorémoslas en un solo as. Los soles pueden morir y renacer: nosotros, en cuanto la efímera luz se apague, habremos de dormir una noche eterna. Dame mil besos, luego cien, luego otros mil, luego cien una vez más, luego sin parar otros mil, luego cien, luego, cuando hayamos hecho muchos miles, los revolveremos para no saberlos o para que nadie con mala intención pueda mirarnos de través, cuando sepa que es tan grande el número de besos. Traducción: Rosario González Galicia.

N.B.: Si tienen interés por leer más sobre Catulo, pueden bajar la traducción de los Catulli Carmina que hizo esta autora, en www.babab.com. Babab es una excelente revista electrónica sobre literatura.

Sátiras de Juvenal (60-129 d.C.)

INSPIRACIÓN PARA LA SÁTIRA

Me sale al encuentro una matrona de alcornia que suministra al marido sediento una mezcla de vino de Cales y de pulmón de sapo, ella, otra Lucusta de más categoría, que adiestra a las vecinas para que, entre la habladuría de las gentes, saquen a enterrar a sus maridos cubiertos de lívidas manchas. Si quieres ser alguien, has de atreverte a algo que merezca la pequeña Gíaro o la prisión. Alabamos la honradez, pero tiritita de frío. Los jardines, los castillos, las mesas taraceadas y la copa de plata, un trabajo ya antiguo, con un chivo en altorrelieve, todo esto se debe a los crímenes. ¿A quién deja dormir el corruptor de una nuera avarienta? ¿A quién las prometidas torpes y el adúltero revestido de toga? ¡Si el ingenio los niega, los versos los dicta la indignación, y los escribe como puede, parecidos a estos míos o a los de Cluvieno! Desde que Deucalión, cuando las lluvias torrenciales elevaron las aguas, escaló con su nave la cima para consultar el oráculo, desde que los peñascos se ablandaron y recibieron poco a poco el calor de la vida y Pirra exhibió a los hombres las muchachas desnudas, lo que desde entonces ocupa a los hombres, el deseo, el temor, la ira, el placer, los goces, los discursos, todo ello se revuelve en este libro. ¿Cuándo fue más copiosa la abundancia de vicios? ¿Cuándo la avaricia mostró un

regazo mayor? ¿Cuándo el juego de azar agitó más los ánimos?

Traducción: Manuel Balasch

Marco Valerio Marcial (40-104) EPIGRAMAS

La vida feliz (Epig. X 47)

Las cosas que hacen más feliz la vida, gratísimo Marcial, son éstas: una hacienda no conseguida con esfuerzo, sino heredada; un campo no desagradecido, un fuego permanentemente encendido; un pleito nunca, la toga en pocas ocasiones, el espíritu tranquilo; unas fuerzas de hombre libre, un cuerpo sano; una sencillez prudente, amigos de igual condición; convites fáciles, una mesa sin aparato; una noche ebria, sino libre de cuidados; un lecho no triste y sin embargo casto; un sueño que haga breves las tinieblas; querer ser lo que eres y no preferir otra cosa; no temer el último día, ni deseárselo.

Virtuosa miseria (Epig. XI 56)

Porque alabas en exceso, estoico Queremón, la muerte ¿quieres que me asombre y admire tu grandeza de alma? Esa virtud te la proporciona un cántaro con el asa rota y un hogar triste que no se caldea con ningún fuego, y una estera y una chinchete y el armazón de una cama desnuda y una toga corta y la misma durante el día y la noche. ¡Oh qué gran hombre eres que puedes carecer de los posos de un vinagre rojizo y de un colchón de paja y de pan negro! Ea, que tu almohada se hinche con lana de Laconia y que una púrpura nueva rodee tu lecho y que duerma contigo el adolescente que hace un momento, cuando servía el cécubo, había atormentado a los invitados con su boca de rosa: ¡Oh cómo desearías tú vivir tres veces los años de Néstor y cómo querrías no desperdiciar un momento de un solo día! En situaciones de miseria es fácil despreciar la vida: obra valientemente el que puede vivir en la miseria. Traducción: María del Dulce Nombre Estefanía

Sexto Propercio (50 a. de C.-16 a. de C.)

ELEGÍAS

¿Qué sacas de andar, vida mía, con el pelo enojado y ondular pliegues transparentes en túnica de Cos? ¿Qué de esparcir por tu cabeza mirra del Orontes y hacerte tributaria de modas extranjeras, perder tu encanto natural con afeites comprados sin dejar que brille tu cuerpo por sus propios méritos? Créeme, no exige maquillajes tu belleza: no gusta a Amor desnudo quien amaña su presencia. Mira qué colores emite la tierra radiante, cómo nacen mejor las hiedras por su cuenta y crecen las matas más robustas en valles solitarios y el agua sabe seguir su curso sin ayuda. En la playa, atrae el colorido de sencillos guijarros y las aves cantan bien dulcemente sin normas. Febe, la Leucípida, no apasionó así a Castor, ni su hermana Hilaira a Pólux, con afeites; ni a Idas le encontró otrora con Febo su pasión por la hija de Eveno, a orillas de su padre; ni se atrajo su marido Frigio con falso candor Hipodamia, llevada sobre ruedas extrañas: Mas sus rostros presentábase libres de gemas, cual se exhibe el color en las tablas de Apeles. No ansiaban vulgarmente atraerse amantes: bastante belleza les daba su modestia. Yo no temo ya ser para ti más vil que todos esos: Si una chica gusta a un hombre bien ornada está; sobre todo si Febo te dona sus poemas, Calíope su lira Aonia de buen grado,

y tus palabras seductoras tienen gracia especial, todas esas cosas que aprueban Venus y Minerva. Con ellas, serás siempre lo más grato de mi vida, mientras te hastían esas míseras ostentaciones.

Cual yació, al zarpar la nave de Teseo, lánguida la Cnosia en la playa desierta; cual durmió su primer sueño la Cefea Andrómeda, ya libre de las duras rocas; cual Edónida cansada de danzas incasantes cae sobre el césped Apidano; vi a Cintia respirar muelle quietud reposando su cabeza sobre manos indolentes. Yo arrastraba ebrios efluvios por abusar de Baco, blandían antorchas los esclavos en la noche cerrada.

3
Tengo siempre a mi amada anhelante entre los brazos, mi corazón se estrecha siempre con fuerza a su pecho, mi cabeza se apoya siempre en sus rodillas, levanto la vista buscando su boca, sus ojos.
“¡Débil!”, me diría alguien. “¿Y así pasas tus días?”
Ah, no tienes idea qué mal los paso. Escucha lo que me sucede:
para mi desgracia, le di la espalda a la única alegría de mi vida;
desde hace veinte días me lleva a rastras este coche. Me desafían Vetturine, me halaga el tesorero, y el criado del lugar trama mentiras y engaños. Si quiero escapar el jefe del correo me entretiene. Los carteros son los amos, y luego los aduaneros. “No te entiendo, te contradices. En el paraíso estabas, al parecer, feliz como Rinaldo”.
Ah, yo me entiendo muy bien: mi cuerpo está de viaje, pero mi espíritu reposa ahora y siempre en el regazo de mi amada.

4
Ésta es la Italia que dejé. Los caminos siguen polvorientos; haga lo que haga, se sigue estafando al forastero. En vano buscas la honradez alemana por todos los rincones,

aquí hay vida y estrépito, pero no hay ni orden ni disciplina. Cada uno cuida sólo de sí mismo, desconfía de los otros, esvanidoso. Y los gobernantes se interesan sólo por ellos mismos.
El país es hermoso; pero no volveré a encontrar a Faustina. Ésta ya no es la Italia que abandoné con dolor.

5
Acostado en la góndola pasaba entre los barcos del Gran Canal, muchos de ellos cargados con diversa mercancía para nuestras necesidades: trigo, vinos y verdura, leños, así como arbustos ligeros. Pasamos por en medio de los barcos veloces como una flecha; entonces un laurel perdido me rozó bruscamente las mejillas.
Yo exclamé: Dafne: ¿me hieres?
Más bien hubiera esperado una recompensa. La ninfa susurró sonriendo: los poetas no pecan mortalmente. La pena es leve. ¡Adelante!

6
Cuando veo al peregrino no puedo contener nunca las lágrimas.
¡Oh, qué felices nos hace una idea equivocada!

7
Tuve un amor a quien quise sobre todas las cosas. Ahora ya no lo tengo.
¡Calla y soporta la pérdida!

8
Esta góndola es como una cuna: se mueve en perfecto balanceo y el arca encima parece un ataúd espacioso. Así está bien. Entre la cuna y el ataúd, indiferentes, vamos flotando por el Gran Canal de la vida.

Traducción: José María Pérez Gay

SEGUNDO AÑO DE BACHILLERATO

Poesía de Raúl Contreras



UN VISITANTE

Alguien abrió con el mayor sigilo mi puerta, de seguro mal cerrada. Le vio, sin forma apenas, mi almohada, el paso muelle y la palabra en vilo. No, no era nadie que buscara asilo ni que quisiera demandarme nada. Con la primera luz de la alborada, salió en silencio y me dejó intranquilo. Eso fue todo. ¡Nada más! No espero saber la cauda ni atisbar los fines de esa visita inesperada. Pero esta mañana oí sonar violines. Nada tampoco... ¡Amaneció mi alero cubierto de hojas rubias y jazmines!

Raúl Contreras

Sobre la misma piedra, cuanto tú pases, Tiempo, sin fin y sin principio. sin forma ni color: tiempo de mar y selva, tiempo de espacio y nube, tiempo de donde vine, tiempo hacia donde voy... sobre la misma piedra donde tú me dejastes, bajo un silencio claro te aguardará mi voz. Será mi cuerpo, entonces como un árbol al viento redundando de nidos y con la cima en flor. Mis pies, hechos raíces, escarbarán la tierra. Mis brazos, hechos ramas, se tenderán al sol. ¿Cuál será mi saludo? ¿Me doblaré a tu paso con el curvado signo de la interrogación? ¿Se agitarán mis hojas en señal de aleluya?

¿Haré sonar mi copa como un gran caracol? Sobre la misma piedra donde tú me dejastes porque opuso a tu brío mi mansa rebelión, me encontrarás humilde sin pedirte que seas para mi tronco, savia; para mis hierbas, hoz. ¿Y si tardas? No importa te esperaré lo mismo, con la marea de antes, con el remanso de hoy. ¿Avizoré tu límite y he visto en el espacio las agujas inmóviles del eterno reloj? Ah, cuando pases, Tiempo, desorbitado y mínimo, cómo he de agradecer la incomunicación. Porque en este abandono de mi sabio desierto he sentido acendrase mi armonía interior. Todos mis pensamientos se han deshumanizado como la luz del día, limpios de imperfección. En mí, como en la arena que guarda los sonidos, ha penetrado un poco del silencio de Dios...

Pero... aunque tú no pases, sé que en el mismo círculo, cárcel de mi horizonte, has estado en mi Yo. No te alejastes, Tiempo, cuando nos separamos sí, a cambio de tu ausencia, yo te di mi prisión. Y hemos estado juntos sin comprenderlo ¡siempre! en la sed de los sueños y en la hez del rencor; hasta en los días crudos en que el alma se hiela y un ácido de angustia desintegra la voz. ¡Ah de mi larga espera con el alba en los ojos! ¡Ah del camino blanco de la renunciación! ¡Ah del péndulo rígido que no marca la hora! ¡Ah del silencio oscuro donde duerme el clamor! ¡Nada he podido, tiempo, sin que tú no quisieras, porque, si mí, Tú eres; pero, sin tí, No Soy! Sobre la misma piedra donde tú me dejastes, ¿seré otro piedra, un día, que se calienta al sol?

Lydia Nogales

LA LITERATURA GRECOLATINA

Siglos del XII al IX a. de C.

Período Heroico.
Guerra de Troya.
Literatura Oral. Autores Anónimos.

Siglos del IX al VI a. de C.

Período Homérico. Homero: *La Ilíada, La Odisea*.
Literatura Épica. Hesíodo: *Poesía Didáctica*.
Literatura Lírica. Safo: *Odas*.
Época Arcaica. Píndaro: *Odas*.
Esopo: *Fábulas*.

Siglos del V al IV a. de C.

Período Ático (de Pericles). Esquilo: *Prometeo Encadenado*.
Edad de Oro: Sófocles: *Edipo Rey*.
Surgen la filosofía, Eurípides: *Electra*.
la tragedia, Aristófanes: *Las Nubes*.
la comedia; la Aristóteles: *La Poética*.
cultura en general.

Siglos III a. de C. al VI d. de C.

Período Alejandrino-Romano Longo: *Dafnis y Cloe*.
o helénico. Plutarco: *Vidas Paralelas*.
Época de decadencia.
Caída del Imperio Griego.

Siglo II a. de C. al III d. de C.

Grecia convertida Plauto: *La Olla*.
en colonia romana. Virgilio: *La Eneida*.
Muerte de Augusto.
Edad de Oro.

Siglos IV al VI d. de C.

Caída del Imperio romano. Horacio: *Odas*.
Fin de la Edad Antigua. Ovidio: *Arte de Amar*.

Comienzo de la Edad Media.

La Edad de Oro: El Padre Las Casas (II)

José Martí

**LUIS ROGELIO
NOGUERAS
(Cubano)**

LA FELICIDAD

Te he visto pasando del brazo de un hombre que con su mirada te envuelve en amor te he visto sonriendo mostrando tus ojos sin sombras, sin dudas, sin guardar rencor al tiempo en que solo pronunciar su nombre con cierta ternura te ahogaba el dolor.

Me vi caminando guardando distancias que sólo mostraban la complicidad de besos furtivos, de manos con ansias de darte un abrazo y gritar mi verdad de grandes olvidos, de encuentros, de instantes de amores y un poco tu infelicidad.

(1)
Que dulces mentiras, que grandes verdades que nos inventamos para perdurar que filosofía, que honor, que ironía que nadie se hiera, que todo se cuida si sólo mi cuerpo se va a desgarrar.

Te he visto pasando del brazo de un hombre que de cierto modo podría ser yo te he visto sonriendo, mostrando tus ojos mientras te despeina y te envuelve en amor al tiempo en que solo pronunciar tu nombre con cierta ternura me ahoga el dolor..

MATERIA DE POESÍA

Qué importan los versos que escribiré después ahora
cierra los ojos y bésame
carne de madrigal
deja que palpe el relámpago de tus piernas para cuando tenga que evocarlas en el papel cruza entera por mi garganta

entrégame tus gritos voraces
tus sueños carniceros

Qué importan los versos donde fluirás intacta cuando partas
ahora dame la húmeda certeza de que estamos vivos ahora
posa intensamente desnuda
para el madrigal donde sin falta
florecerás mañana



Disputas entre pueblos para obtener esclavos

O hablaba, o escribía, sin descanso. Los frailes dominicanos lo ayudaban, y en el convento de los frailes se estuvo ocho años, escribiendo. Sabía religión y leyes, y autores latinos, que era cuanto en su tiempo se aprendía; pero todo lo usaba hábilmente para defender el derecho del hombre a la libertad, y el deber de los gobernantes de respetárselo. Eso era mucho decir, porque por eso quemaban entonces a los hombres. Llórente, que ha escrito la Vida de Las Casas, escribió también la Historia de la Inquisición, que era quien quemaba: el rey iba de gala a ver la quemazón, con la reina y los caballeros de la corte: delante de los condenados venían cantando los obispos, con un estandarte verde: de la hoguera salía un humo negro. Y Fonseca y Sepúlveda querían que "el clérigo" Las Casas dijese en sus disputas algún pecado contra la autoridad de la Iglesia, para que los inquisidores lo condenaran por hereje. Pero "el clérigo" le decía a Fonseca: "¡Lo que yo digo es lo que dijo en su testamento la buena reina Isabel; y tú me quieres mal y me calumnias, porque te quito el pan de sangre que comes, y acuso la encomienda de indios que tienes en América!" Y a Sepúlveda, que ya era confesor de Felipe II, le decía: "Tú eres disputador famoso, y te llaman el Livio de España por tus historias; pero yo no tengo miedo al elocuente que habla contra su corazón, y que defiende la maldad, y te desafío a que me pruebes en plática abierta que los indios son malhechores y demonios, cuando son claros y buenos como la luz del día, e inofensivos y sencillos como las mariposas." Y duró cinco días la plática con Sepúlveda. Sepúlveda empezó con desdén, y acabó turbado. El clérigo lo ofendió con la cabeza baja y los labios temblorosos, y se le veía hincharse la frente. En cuanto Sepúlveda se sentaba satisfecho, como el que hincó el alfiler donde quiso, se ponía el clérigo en pie, magnífico, regañón, confuso, apresurado. "¡No es verdad que los indios de México mataran cincuenta mil en sacrificios al año, sino veinte apenas, que es menos de lo que mata España en la horca!" "¡No es verdad que sean gente bárbara y de pecados horribles, porque no hay pecado suyo que no lo tengamos más los europeos; ni somos nosotros quién, con todos nuestros cañones y nuestra avaricia, para compararnos con ellos en tiernos y amigables; ni es para tratado como a fiera un pueblo que tiene virtudes, y poetas, y oficios, y gobierno, y artes!" "¡No es verdad, sino iniquidad, que el modo mejor que tenga el rey para hacerse de subditos sea exterminarlos, ni el modo mejor de enseñar la religión a un indio sea echarlo en nombre de la religión a los trabajos de las bestias; y quitarle los hijos y lo que tiene de comer; y ponerlo a halar de la carga con la frente como los bueyes!" Y citaba versículos de la Biblia, artículos de la ley, ejemplos de la historia, párrafos de los autores latinos, todo revuelto y de gran hermosura, como caen las aguas de un torrente, arrastrando en la espuma las piedras y las alimañas del monte.

Solo estuvo en la pelea; solo cuando Fernando, que a nada se supo atrever, ni quería descontentar a los de la conquista, que le mandaban a la corte tan buen oro; solo cuando Carlos V, que de niño lo oyó con veneración, pero lo engañaba después, cuando entró en ambiciones que requerían mucho gastar, y no estaba para ponerse por las "cosas del clérigo" en contra de los de América, que le enviaban de tributo los galeones de oro y joyas; solo cuando Felipe II, que se gastó un reino en procurarse otro, y lo dejó todo a su muerte envenenado y frío, como el agujero en que ha dormido la víbora. Si iba a ver al rey, se encontraba la antesala llena de amigos de los encomenderos, todos de seda y sombreros de plumas, con collares de oro de los indios



americanos: al ministro no le podía hablar, porque tenía encomiendas él, y tenía minas, o gozaba los frutos de las que poseía en cabeza de otros. De miedo de perder el favor de la corte, no le ayudaban los mismos que no tenían en América interés. Los que más lo respetaban, por bravo, por justo, por astuto, por elocuente, no lo querían decir, o lo decían donde no los oyeran: porque los hombres suelen admirar al virtuoso mientras no los avergüenza con su virtud o les estorba las ganancias; pero en cuanto se les pone en su camino, bajan los ojos al verlo pasar, o dicen maldades de él, o dejan que otros las digan, o lo saludan a medio sombrero, y le van clavando la puñalada en la sombra. El hombre virtuoso debe ser fuerte de ánimo, y no tenerle miedo a la soledad, ni esperar a que los demás le ayuden, porque estará siempre solo: ¡pero con la alegría de obrar bien, que se parece al cielo de la mañana en la claridad!

Y como él era tan sagaz que no decía cosa que pudiera ofender al rey ni a la Inquisición, sino que pedía la bondad con los indios para bien del rey, y para que se hiciesen más de veras cristianos, no tenían los de la corte modo de negársele a las claras, sino que fingían estimarle mucho el celo, y una vez le daban el título de "Protector Universal de los Indios", con la firma de Fernando, pero sin modo de que le acatasen la autoridad de proteger; y otra, al cabo de cuarenta años de razonar, le dijeron que pusiera en papel las razones porque opinaba que no debían ser esclavos los indios; y otra le dieron poder para que llevase trabajadores de España a una colonia de Cumaná donde se había de ver a los indios con amor, y no halló en toda España sino cincuenta, que quisieran ir a trabajar, los cuales fueron, con un vestido que tenía una cruz al pecho, pero no pudieron poner la colonia, porque el "adelantado" había ido antes que ellos con las armas, y los indios enfurecidos disparaban sus flechas de punta envenenada contra todo el que llevaba cruz. Y por fin le encargaron, como por entretenerlo, que pidiese las leyes que le parecían a él bien para los indios, "¡cuantas leyes quisiera, pues que por ley más o menos no hemos de pelear!", y él las escribía, y las mandaba el rey cumplir, pero en el barco iba la ley, y el modo de desobedecerla. El rey le daba audiencia, y hacía como que le tomaba consejo; pero luego entraba Sepúlveda, con sus pies blandos y sus ojos de zorra, a traer los recados de los que mandaban los galeones, y lo que se hacía de verdad era lo que decía Sepúlveda. Las Casas lo sabía, lo sabía bien; pero ni bajó el tono, ni se cansó de acusar, ni de llamar crimen a lo que era, ni de contar en su "Descripción" las "crueldades", para que el rey mandara al menos

que no fuesen tantas, por la vergüenza de que las supiera el mundo. El nombre de los malos no lo decía, porque era noble y les tuvo compasión. Y escribía como hablaba, con la letra fuerte y desigual, llena de chispazos de tinta, como caballo que lleva de jinete a quien quiere llegar pronto, y va levantando el polvo y sacando luces de la piedra.

Fue obispo por fin, pero no de Cusco, que era obispado rico, sino de Chiapas, donde por lo lejos que estaba el virrey, vivían los indios en mayor esclavitud. Fue a Chiapas, a llorar con los indios; pero no sólo a llorar, porque con lágrimas y quejas no se vence a los pícaros, sino a acusarlos sin miedo, a negarles la iglesia a los españoles que no cumplían con la ley nueva que mandaba poner libres a los indios, a hablar en los consejos del ayuntamiento, con discursos que eran a la vez tiernos y terribles, y dejaban a los encomenderos atrevidos como los árboles cuando ha pasado el vendaval. Pero los encomenderos podían más que él, porque tenían el gobierno de su lado; y le componían cantares en que le decían traidor y español malo; y le daban de noche músicas de cencerro, y le disparaban arcabuces a la puerta para ponerlo en temor, y le rodeaban el convento armados,— todos armados, contra un viejo flaco y solo. Y hasta le salieron al camino de Ciudad Real para que no volviera a entrar en la población. Él venía a pie, con su bastón, y con dos españoles buenos, y un negro que lo quería como a padre suyo: porque es verdad que Las Casas, por el amor de los indios, aconsejó al principio de la conquista que se siguiese trayendo esclavos negros, que resistían mejor el calor; pero luego que los vio padecer, se golpeaba el pecho, y decía: "¡con mi sangre quisiera pagar el pecado de aquel consejo que di por mi amor a los indios!" Con su negro cariñoso venía, y los dos españoles buenos. Venía tal vez de ver cómo salvaba a la pobre india que se le abrazó a las rodillas a la puerta de su templo mexicano, loca de dolor porque los españoles le habían matado al marido de su corazón, que fue de noche a rezarle a los dioses: ¡y vio de pronto Las Casas que eran indios los centinelas que los españoles le habían echado para que no entrase! ¡Él les daba a los indios su vida, y los indios venían a atacar a su salvador, porque se lo mandaban los que los azotaban! Y no se quejó, sino que dijo así: "Pues por eso, hijos míos, os tengo de defender más, porque os tienen tan martirizados que no tenéis ya valor ni para agradecer." Y los indios, llorando, se echaron a sus pies, y le pidieron perdón. Y entró en Ciudad Real, donde los encomenderos lo esperaban, armados de arcabuz y cañón, como para ir a la guerra. Casi a escondidas tuvo que embarcarlo para España el virrey, porque los encomenderos lo querían matar. Él se fue a su convento, a pelear, a defender, a llorar, a escribir. Y murió, sin cansarse, a los noventa y dos años.

Permitida la reproducción parcial o total siempre y cuando se citen las fuentes. Copyleft ©2003-2005. Los pobres de la tierra.org - San José, Costa Rica.



La esclavitud, el lastre de las civilizaciones. Indios esclavos caucheros encadenados en 1912.